

IDEALIZACIÓN: UNA BREVE FORMA DE PRESENTACIÓN

*Prof. Dr. Joseph D. Noshptiz**

Un agudo y en verdad difundido aspecto del funcionamiento mental, es la formación de ideales. Inevitablemente idealizamos a las personas de las cuales nos enamoramos, a veces también idealizamos a las personas que planeamos votar, a menudo idealizamos a los líderes religiosos, a los maestros y a los amigos, idealizamos causas, misiones y metas – en síntesis una hebra de esta actividad idealizante corre a través de nuestras vidas. No necesito enfatizar cuanto podíamos idolatrar en nuestra primera infancia o cuán soñadores podíamos volvernos en la adolescencia.

Dada la riqueza y la fuerza que tiene la realidad y la lógica en el pensamiento no es fácil darse cuenta por qué debiera estar presente la idealización. Después de todo, en un sentido evolucionista, la razón en sí misma debería ser mérito suficiente. Si una criatura es desde ya capaz, no sólo de configurar la realidad y clasificar las implicancias lógicas de la experiencia sino también de crear abstracciones y pensar conceptualmente, entonces ¿qué beneficio tendrá la capacidad de dar un giro de idealismo a la experiencia? Creo que la respuesta es simple. La idealización y la formación de un ideal tienen un profundo valor para sobrevivir. Consideremos esto un poco, comenzando con la experiencia temprana de un recién nacido.

En el curso del desarrollo infantil, sugiero que la idealización es uno de los mecanismos que aparece más tempranamente. Considero esta tendencia a

* Fallecido

idealizar como una importantísima parte de la interacción temprana entre cuidador - infante, cuando, en condiciones óptimas parece prevalecer un estado de mutua idealización. La madre ve al bebe absolutamente encantador, aún más, incomparablemente atractivo y a pocas semanas de haber nacido, el bebe festeja la llegada de su madre con una maravillosa sonrisa desdentada, evidenciando una total adoración. Parece seguro decir que para el bebe, cuando las cosas van bien, la madre no es solamente una presencia que satisface sus necesidades biológicas. Desde mi punto de vista hay una importante y profunda doble dimensión psicológica, es decir, para el bebe la presencia de la madre es simultáneamente real, concreta y específica y al mismo tiempo glorificada, trascendental y coronada por un halo angelical. En síntesis, ella es reconocida por ambas situaciones, por lo que es y por lo idealizada. Lo que parece suceder con los momentos de intensa interacción, es que se almacenan dentro –y se vuelven parte del aparato regulador en el cual el bebe los trasladará. Se vuelven un manojo de huellas mnémicas positivas, imágenes sofocadas con intenso afecto, y desde que son almacenadas en un área reguladora comienzan a emitir mensajes tempranamente, mensajes re-aseguradores, de aprobación, mensajes que tienen el sentido de un bienestar interno, de valoración interna, mensajes que pueden surgir frente al stress, de manera que el bebe pueda consolarse y aliviarse a sí mismo en caso de necesidad.

Bueno, hasta ahora todo va bien, pero lamentablemente el proceso de idealización no es necesariamente positivo, también puede ser negativo. Para entender esto debemos mirar más a fondo sobre lo que implica la formación del ideal.

Como el auto-regulación forma parte de la constitución humana, parece seguro decir que un potencial para tal actividad reguladora, es innato. Obviamente, estará sujeto a todas las vicisitudes de la variabilidad genética, pero de una forma u otra, está presente. Viene con el conjunto. Sin embargo, en el comienzo, como la capacidad para el lenguaje, está vacío. A pesar de ello, los medios para llenar esta área vacía también están allí. Consiste en la capacidad para la formación del ideal. De este modo, el mecanismo de formación del ideal es un proceso automático. Surge la necesidad de llenar un vacío regulador que funcione como un modo especial de internalizar las experiencias intensas sin importar su calidad. De este modo, cuando las cosas no van bien para el bebe, cuando la madre es negligente, no le presta atención o es abusiva, entonces el mecanismo de idealización continúa haciendo su trabajo, solamente que esta vez con un signo negativo. Las experiencias intensas y dolorosas también son internalizadas, también se vuelven más vastas (extensas, amplias, grandes)

que la vida; en verdad se vuelven demoníacas y malevolentes. Así como sucede para las idealizaciones positivas, también se agrupan en las áreas reguladoras del niño –pero ahora como castigadores internos, atormentadores internos, aborrecedores internos. Del mismo modo como los bebés internalizan el amor en un conjunto de experiencias, ellos internalizan el odio del otro y lo hacen en una forma total, masiva, que vive de allí en adelante en el núcleo de su vida mental. Es ésto lo que más tarde actuará para rebajar, despreciar y frustrar las tentativas del bebé para un logro positivo. La voz interna lleva un mensaje consistente. Dice, en efecto: tu no vales nada, tu no eres querible y tu no mereces que algo bueno te suceda. Realmente tu eres la fuente de todo lo malo, de todo lo que marcha mal en las vidas de los que te rodean. Todos los problemas que soportan son tu culpa.

Evidentemente, que una vez establecida, esta presencia interna negativa se vuelve un lugar de interminables dificultades posteriores. En particular, actuará una y otra vez, tanto para impedir que el niño consiga lo que necesita, como para hacer un buen uso de lo que él o ella haya podido controlar (dominar)

Dentro de este contexto, el lugar del trauma se vuelve crítico. En un sentido verdaderamente real, cualquier formación del ideal negativo es el resultado de un trauma. Por lo tanto no es sorprendente que cualquier encuentro traumático posterior en la vida pueda añadir un incremento adicional al ya existente ideal negativo. Frecuentemente se aprecia que ciertas personas expuestas a un suceso genuinamente catastrófico parece que logran sobreponerse con el tiempo y que salen de esta experiencia relativamente indemnes. Otros, sin embargo (se suele manejar un porcentaje de alrededor del 15%) no lo hacen. Tienden, más bien, a internalizar el trauma, construirlo dentro de sus vidas y llevarlo adelante como parte de su experiencia diaria. De hecho, agregan al conjunto de recuerdos traumáticos las configuraciones dolorosas y negativamente idealizadas que ya están en ese lugar y que componen el ideal negativo.

El efecto neto del trauma, entonces es sumarse al ideal negativo y crear un sitio adicional de persistente tormento interno. En el curso del desarrollo, esto será uno de los componentes del superyo del niño y es esto lo que ahora controla la función del stress exterior catastrófico y continúa traumatizando al niño desde adentro. Los recuerdos, la terrible cualidad afectiva de la experiencia, retorna, y se repite una y otra vez. El niño espera que aparezca nuevamente en un estado de alerta intensa; cualquier indicio del conjunto traumático, un particular sonido, una imagen sugestiva, un olor específico, puede servir para disparar y revivir la experiencia completa –acompañado de todo el sentido de

pánico y desamparo que tal irrupción del recuerdo pueda traerle. Pero peor aún, en algún lugar dentro de sí, el niño, a menudo se culpa, siente la responsabilidad de no haber hecho lo que podría o lo que debía haber hecho para evitar, proteger o de alguna manera mitigar la destrucción. Debido a la verdadera naturaleza del ideal negativo, esta siempre presente un espacio para culparse y de autocrítica; el trauma adicional agrega su voz al conjunto de lamentos. (aullidos).

Nuestra presunción es por tanto de que existe una función idealizadora que consiste en un mecanismo específico del aparato psíquico, que transforma la experiencia de una manera particular. Este mecanismo toma lo que encuentra en la experiencia y tiene el poder de cambiarlo de una sola forma. Es importante subrayar que este proceso siempre involucra una separación de la realidad: por definición, el ideal es en alguna sentido diferente a lo real. La naturaleza de la palabra "ideal" tiende a sugerir que estamos considerando algo noble y positivo, algo que beneficiaría cualquiera fuera su influencia, que mejoraría o implicaría al menos buenas aspiraciones. Pero los procesos que hemos descripto no son necesariamente inherentes sólo en lo bueno. En verdad, es evidente que en las vidas de muchas personas, que son esclavas del reinado de muchos mandatos internos hostiles y autodestructivos, que su sistema regulatorio requiere la búsqueda del abatimiento, humillación, frustración, fracaso, la inmovilidad de nuestra felicidad y una recurrente búsqueda del infortunio con la misma avidez y urgencia que el punto de vista convencional le atribuye a la búsqueda de logros y auto-realización como el producto de los movimientos hacia el ideal positivo. De este modo, el mensaje de tal ideal negativo, tendría que ser lo opuesto de lo que habitualmente pensamos que es el rol de los ideales en nuestras vidas. Exactamente diferentes cualidades.

Todos los que observan lactantes han sido impresionados por la intensa naturaleza social de los bebés y de la enorme presión para apegarse e interactuar con sus cuidadores. Lo que es más difícil de discernir es la imagen que se forma en la mente del bebé, la clase de imagen que el bebé construye de los primeros adultos que lo cuidan. Mi argumento aquí es que desde el mismísimo comienzo, el comportamiento del bebé es compatible con la presunción de que una temprana forma de idealización está presente, y que el bebé experimenta la figura materna con un "otro ideal"—más grande que la vida, brillante, omnisciente, poderosa, dominante y atemorizante. A esta altura no podemos discernir los detalles de esta imagen, tal vez no sea más que una mancha concentrada, y emotiva, pero cuando uno observa a los bebés, su naturaleza aparece con una fuerza considerable. La sonrisa ansiosa, el maravilloso lenguaje corporal,

todo predice el intenso placer de un apego positivo. Desde el comienzo, el bebe es atraído por el otro idealizado, así como para el resto de su vida, será atraído por lo que sea sentido como ideal. Su alegría por la proximidad es obvia; su alivio de la angustia por la presencia, el contacto, la voz, el sostenimiento del otro importante, es evidente y predecible. Para el resto de su vida, especialmente este intenso placer, es lo que le ofrecerá el encuentro con un ideal positivo.

Sin embargo, la presencia de una relación idealizado no contradice ni por un momento, la existencia de una relación real. Entre el bebe y su madre, existe un estado de constante comercio dinámico uno con el otro, que involucra una serie de intercambios activos, interacciones, mutuos entrelazamientos y otras formas de relacionamiento (engagement). Aún en esta etapa temprana, sin embargo, el ideal debe confrontar lo real, y los choques entre ambos serán puntos críticos para el trabajo de desarrollo. Tanto los avances activos como las detenciones fijas emanarán de estas confrontaciones. Cuando quien lo cuida debe frustrar y demorar la gratificación, o retener ciertos items completamente (p. ej. Un bebe con alergia a la leche deberá aprender a aceptar substitutos, un bebe que crece en un medio de pobreza puede no tener suficiente comida en todo momento), debe ofrecerle al bebe consuelo y formas alternativas de alivio –y de esta manera podrá aprender a tolerar en alguna medida la falla del ideal, y a manejar el incremento de pequeñas frustraciones –y de esta manera será ayudado para aprender la autorregulación, la confianza, y la capacidad para moderar y contener los impulsos. Alternativamente, un bebe que es descuidado, abusado o privado sistemáticamente y sobregratificado, puede desarrollar ideales negativos, presencias terroríficas, versiones monstruosas de quien lo cuida y que le provoca pena y tormento. Para ese niño, el mundo es un lugar terrible, lleno de dolor, imprevisible, donde es acosado desde dentro, como también privado desde afuera y en el cual, la relación puede ser manejada solamente con evasión, negación, mágicos rituales, protestas emocionales masivas, o por la manipulación; solamente de esa manera puede obtener un mínimo consuelo para sus necesidades urgentes. En síntesis, puede sufrir serias malformaciones en la regulación temprana que tomarán forma como incipientes etapas del carácter.

En la naturaleza de las cosas, la idealización es primaria; el bebe no puede elegir esto, no puede ayudarse así como no puede dejar de oír. Está hambriento de relacionarse socialmente y, cuando la interacción es intensa, la transformación del objeto en proporciones idealizadas es automático. Cuando las experiencias son positivas, esto prepara al bebe para grandes aspiraciones y

expectativas de mayores experiencias pero, si el idealizado cuidador falla en responderle adecuadamente, el bebé tendrá proporcionalmente una tremenda desilusión. El bebé necesita tener estas experiencias placenteras una y otra vez a fin de establecer una base sólida de vivencias propias positivas en su aparato regulatorio. Por el mismo motivo, cada vez que se desilusiona o hay una falla en la respuesta empática el bebé es golpeado duramente. Es importante reconocer que el punto más álgido en estas experiencias está dado por la frustración de tratar de mantener el ideal –y la siguiente secuencia involucra no sólo la falla en la solidificación de la formación del ideal positivo, sino la construcción automática de otro incremento que se agrega al ideal negativo. El hecho de que el bebé ame tan intensamente y sobrevalore excesivamente es lo que hace que la desilusión en la relación sea tan catastrófica. Esto, entonces es el corazón de la experiencia traumática; visto desde este punto de vista, el trauma no es tanto el desborde del yo por estímulos dolorosos como por la desilusión – o el desborde que se produce a causa de la desilusión.

(Más adelante trataremos de víctimas de terribles desastres naturales, huracanes, terremotos o tornados, que el componente verdaderamente dañino de la experiencia fue que ellos perdieron su fe en Dios, o que perdieron el sentimiento básico de seguridad en la estabilidad de su mundo...).

Una vez que hemos identificado el rol de la desilusión en el desarrollo infantil, podemos comenzar a entender como contribuye en el desarrollo de la patología. Podemos considerar diferentes secuencias, pero a favor de la brevedad, asumamos un gran peso sobre el ideal negativo. Aquí se encuentra la verdadera simiente de la psicopatología. Esto se vuelve especialmente crítico con la llegada de la pubertad. Hay dos grandes urgencias en el tiempo que hay que enfrentar, los afectos asociados a la presión hacia la autonomía, y los impulsos relacionados con la capacidad reproductora. Individuación y sexualidad pueden cada una o ambas verse atrapadas en el ideal negativo. Cuando esto sucede, la individuación se logra, no obteniendo nuevas habilidades y construyendo una red de vínculos positivos, sino por desafío, provocación, oposición, intentos de huida (p. ej. dentro de las drogas y el alcohol) y finalmente, por una estudiada construcción de una vida autodestructiva. Después de todo, este es el mandato del ideal negativo. La sexualidad, bajo estas circunstancias está enfrentada al abandono de la reproducción en favor de la sensualidad, y la exposición del yo a una cantidad de posibilidades destructivas y el rechazo o la negligencia del joven que pueda aflorar. En esta manera cruda y paradójica, el ideal negativo parece trabajar para perpetuar su propia continuidad y en verdad se trasmite de generación en generación.